

Hijos de la piedra

GUILLERMO FERNÁNDEZ ROJANO

Premio Internacional de Poesía Miguel Hernández-Comunidad Valenciana 2018

Madrid, Devenir, 2018, 72 pp.

reseña de Juan Carlos Abril

Realmente impresionante, *Hijos de la piedra*, del jiennense Guillermo Fernández Rojano (1957). Su autor cuenta con una trayectoria ya reconocida de premios y libros, con bastantes títulos publicados, y otros tantos inéditos, si bien este *Hijos de la piedra* puede decirse que es uno de sus volúmenes destacados.

Hijos de la piedra toma título de la obra dramática de Miguel Hernández, pero quizá solo sea eso, un homenaje para situar en otra dirección semántica el símbolo que encarna. No es poco, desde luego, puesto que el reto que encara Fernández Rojano tiene más que ver con la filosofía de la naturaleza de Demócrito, que con otra cosa. Demócrito de Abdera aparece citado en el poema «Vuelo» (p. 18) para recordarnos que de un modo u otro la mirada matérica del poema –lenguaje al fin y al cabo– está más allá del aquí y ahora, y se hunde en los contrastes paradójicos de la Historia con mayúsculas. No podemos ni debemos olvidar que Marx realizó su tesis doctoral sobre la *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro*. Ahí dejamos el dato. Ahora, Fernández Rojano, recogiendo el testigo de la antigüedad, nos trae radicalmente hasta el presente y actualiza la caída de los átomos y la arbitrariedad de los signos, el jardín de Epicuro, el Pórtico de Zenón de Citio, y la Academia de Platón, entre otros... dándole una vuelta, invirtiendo sus términos y, por tanto, resignificándolos.

El sujeto verbal que deambula por estos textos concienzudamente híbridos –en

prosa y en verso, imbricados de tal manera que lo que más importa es la fuerza que los une e impulsa– de *Hijos de la piedra*, se halla envuelto en la estupefacción, analizando pormenorizadamente su lugar en el mundo y su extraña identidad, los vínculos con la sociedad globalizada en la que vivimos y los deseos y aspiraciones, los sueños, las frustraciones y las renunciaciones. En cada uno de los personajes que aparecen en este poemario asistimos a una experiencia única y contradictoria como la de cualquiera, trabada de motivaciones e, incluso, aburrimiento.

La poética –sin duda y sin paliativos, en la estirpe de la vanguardia– de nuestro autor podría resumirse con sus propias palabras: «Yo quiero escribir así, quiero decir “moho” e instalarme en un grano de soja y acomodarme de por vida en un tejido adiposo de alguien que come vaca de Kansas, y leer pacientemente a Thomas Bernhard» (p. 62, de «Establo»). Dicho de otro modo, y siguiendo a Fernández Rojano en una de las composiciones más breves del libro, «Telaraña»: «Algo está ahí más allá de las categorías. / Toda palabra que intenta desclasificar, / clasifica» (p. 54). La problemática del lenguaje, cómo no, se halla impregnando nuestras reflexiones, igual que las del poeta. Se trata obviamente de una poética del encuentro, de una propuesta aleatoria –etimológicamente– en la que el autor va manejando con sumo cuidado su repertorio léxico, rompiendo con la sintaxis clásica en ocasiones, cuando hace falta, dejando-

se llevar en aras de crear una atmósfera de sentidos o «Variables» (p. 53) que trasciende a las propias palabras, en una semiosis encadenada a través de la cual el lector participa de pleno derecho en el discurso lírico. Un discurso que, hace falta decirlo, no es para iniciados, ni se adscribe a ningún tipo de realismo, ni busca complicidades o facilidad, sino que se sitúa en la ilogicidad y la concatenación a través de asociaciones agudas, aparentemente inconexas, en la superposición de planos e imágenes, en esas correspondencias subterráneas que están ahí, presentes aunque no las podamos ver, que están ahí, en esas capas profundas del lenguaje, que habitualmente no visitamos, y no aptas para cualquier lector. De hecho, la desviación «lógica» de los sentidos se halla al alcance de la mano, y no hablamos de inteligencia o no, sino de un lenguaje tensado y afinado hasta el extremo, una música extremada, que diría fray Luis de León en su mítica «Oda a Francisco Salinas». Es por esto y por todo lo que intentamos expresar, que la poesía de Fernández Rojano no dejará incólume a ningún lector, y la experiencia de su lectura es una aventura emocional siempre arriesgada.

En efecto, Guillermo Fernández Rojano nos ha entregado un libro osado y rabiamente lírico, arrebatadoramente lúcido, que no debería pasar por el alto el lector en lengua española. En el panorama tanto peninsular como hispanoamericano de nuestras letras debería este libro circular con nombre propio, mucho más allá incluso de ese prestigioso premio del que se hizo justamente merecedor. Su fascinante poética es por momentos espectacular, como en estos fragmentos: «Elena estercola la tierra de los geranios con mantillo de lombriz roja el dieciocho de junio de 1997. // Llovía torrencialmente sobre las calles de Moscú. // Una larga fila de paraguas espera paciente pasar el féretro de Bulat Okudzhava» (p. 63, de «Solo sé que soy todo»). Quizá este título del poema pueda darnos una pista de por dónde circula su propuesta, que va de lo local a lo universal, de lo alto a lo bajo, de lo frío a lo caliente, de una punta a la otra del planeta (y viceversa). Etcétera.

La realidad está cambiando constantemente, se muestra «rara», como en el poema «Mediodía», que dice en su final: «Nada nunca está quieto» (p. 39). ¿Cómo apresar las cosas, si no dejan de moverse? Desde el inicio del poemario, de manera gestáltica, la abstracción de la «Teoría» (p. 12) se convierte en la concreción de un «Ejemplo» (p. 13), precisamente a través del movimiento infinito, de la continua mutación de la materia, del incesante devenir del pensamiento, de la actividad proteica e inapresable de las cosas. Como en «El hombre que carraspea a orillas del Misisipi mientras rebobina el hilo de la caña de pescar, chupa un cigarrillo y escucha a “Chocolate Carolina Drop”». Esos movimientos, proyecciones de movimientos idénticos, al igual que irrepetibles, no son semejantes a los del hombre que carraspea mientras muerde un cigarrillo y rebobina el hilo de la caña de pescar a orillas del Misisipi» (*ibid.*)

La perplejidad a la que nos enfrentamos en este mundo loco, desde nuestra pequeña subjetividad (véase el excelente «La vida no pesa», p. 47), roza en muchos casos la ironía, pero también el asombro, enfado que es aliviado por el arte, el cual ejerce como palanca suavizadora no ya para asentir o consolarnos, sino al menos para comprender la complejidad ante la que poco podemos hacer. Nuestro dominio es relativo. «Cada vez hay menos luz en el mundo / y más muertos rodando hacia la superficie», concluye en el estremecedor poema «Huerto» (p. 17). No exento de conciencia de nuestra finitud, como en «Limpieza» (p. 32), podríamos argumentar que en este límite tanático se halla también la Historia con mayúsculas.

Los personajes anónimos que observamos aparecen y desaparecen como muestra de nuestro breve paso por el mundo, al igual que en el poema «Huellas» (p. 14). Hay pocas realidades tangibles, y la verdad se resume a «Conjeturas» (p. 29), a «destellos estáticos que parecen trasladarse, / un vacío fracturado en movimiento» (*ibid.*), porque «¿qué realidad nos imagina?» (*ibid.*). ¿Somos nosotros o somos simulacros? En «Nocturno» (p. 37), «Alguien hurga entre

herramientas en un cobertizo del callejón de atrás. El motor de una camioneta espera al ralenti. // Alguien frota un cepillo de púas metálicas contra el cemento. Se oye un chorro de agua a presión. // Así será la noche. // Solo respirando bajo la densidad es posible atenuar el ruido que produce la vida al irse» (*ibid.*). Son seres anónimos, es cierto, pero se combinan con otros nombres históricos que aportan el punto de inflexión para la meditación, desde el pinzamiento que nos produce esta poesía ácida y dulce, amarga suavemente como el aceite de oliva virgen extra de primera cosecha, y que no todos los paladares soportan...

Por último, quisiera señalar la crítica sociopolítica implícita y explícita en múltiples pasajes, desde –entre otros– el homónimo del libro, «Hijos de la piedra» (p. 15), hasta «Parásitos» (pp. 30-31), cuando dice por ejemplo: «Las pirañas pespuntean los pantalones de los naufragos: el hundimiento de refugiados en las aguas del Mediterráneo se consolida como espectáculo turístico de primer orden en la Europa civilizada» (p. 31). Se trata de una crítica al tácito acuerdo de las democracias europeas neoliberales para mantener el *statu quo* imperante, dando imagen de ser países con preocupaciones sociales, pero resultando a la postre muy hipócritas. En el poema «Luna»

(p. 42), por otra parte, se concluye de la siguiente manera: «Respiremos, / no nos dejemos acorralar por los que habitan los pudrideros del Estado» (*ibid.*), y de «Paseo matinal» (p. 61), dedicado a JMMD, Juan M. Molina Damiani, a quien también se dedica el libro, reza así su final: «Sabemos quiénes conducen la tibieza, cuáles son las herramientas con las que retuercen la carne de la mansedumbre. / Tenemos a la vida agarrada por los cuernos» (*ibid.*). El poeta se sitúa en los márgenes, y su poética periférica se eleva en momentos como este para rebelarse no desde el panfleto, no desde la propaganda o el mensaje burdo, sino desde la belleza de la rabia, desde el vientre. No por nada la primera composición de este *Hijos de la piedra* se titula «Arranca desde el vientre» (p. 11), y sirve como aviso para los lectores.

Sirvan también como aviso estas breves notas sobre este libro que no debería pasar desapercibido en la poesía española de las últimas décadas, de un autor prolífico pero intenso, y conste que dejamos una exégesis más amplia de este volumen que, como puede verse, daría para mucho. Sirvan también estas palabras para darle la enhorabuena al poeta, para que siga publicando poemarios de este calibre.